

Estais en la verdad, mis amadísimos hermanos, estando en la Iglesia de Jesucristo. Si, pues, habeis visto demostrada la necesidad de una Iglesia que enseñe, y tambien que la verdadera Iglesia es la fundada por el Salvador de la humanidad, sed fieles hijos de tan cariñosa Madre, oid sus consejos, aprended su doctrina, observad sus mandatos, y no lo dudeis, de este modo vivireis con el testimonio de una conciencia tranquila, consiguiendo vuestra dicha temporal y vuestra felicidad eterna. Amen.

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE NOVENA.

¿Cui comparabo te? vel ¿cui assimilabo te, filia Jerusalem? ¿cui excoquabo te, et consolabor te, virgo, filia Sion? Magna est enim velut mare contritio tua: ¿quis medebitur tui?

¿A quién te compararé y á quién te asemejaré, hija de Jerusalem? ¿Quién te dará consuelo, oh Virgen, hija de Sion? Grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién te remediará?

Thr. cap. II, v. 13.

Hay escenas, mis amados oyentes, imposibles de describir á la pluma mejor cortada; hay acontecimientos imposibles de narrar con palabras, y á este género pertenecen los que vienen siendo objeto de nuestras meditaciones en estos dias. Toda la elocuencia de los grandes oradores que han llamado la atencion por la sublimidad con que supieron espresar sus pensamientos, no seria suficiente á dar una idea aproximada de los dolores que experimentarä la angustiadísima Virgen de Judá en la montaña santa del Calvario. Jeremías que, atravesando divinamente inspirado por medio de los siglos, contempló á esta heroína admirable, la hace esclamar de este modo: «Mi dolor es sobre todo dolor; mi corazon está entristecido dentro de mí.

Dolor meus super dolorem; in me cor meum mœrens (1). Registrad los anales de la historia de la humanidad, y encontrareis seguramente mujeres de valor, ilustres heroínas que han sufrido crueles dolores al presenciar la muerte de sus hijos. Vereis á una Agár que se lamenta al ver próximo á perecer de sed al hijo de sus entrañas; vereis á la madre de los Macabeos presenciar la muerte de los suyos á quienes tanto amor profesa; pero acudid al Calvario; considerad la angustia de la Santísima Virgen; fijad vuestra atencion en la muerte de su divino Hijo, en los tormentos que le han hecho sufrir; ved destrozada aquella santísima Humanidad, cubierto de heridas y cardenales aquel santo Cadáver, y escuchad por último los lamentos de aquella Madre, que abrevada de pena y de afliccion, esclama de este modo: «¡ Oh vosotros los que por aquí pasais, atended y ved si hay un dolor que se iguale ó se asemeje al que yo padezco! *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus* (2).

En efecto, señores: no ha habido, no hay ni puede haber un dolor que pueda tener punto de comparacion con el dolor de María en el Calvario. No hay afliccion que pueda asemejarse con la suya. Ni la de Esther al oír el decreto de esterminio de su pueblo dado por Asuero, ni el de Respha al ver pendientes de las cruces á sus hijos, ni el de aquella madre que oye la sentencia de Salomon de que su hijo sea dividido en dos partes, ni..... ¿pero á dónde voy? No hay nada comparable á la amargura y afliccion de la Santísima Virgen.

Podemos decir que ha terminado la primera série

(1) Jerem. cap. VIII, v. 18.

(2) Thr. cap. I, v. 12.

de sus dolores, sufridos desde la prision de su divino Hijo hasta que este espiró en el patíbulo de la Cruz. Durante este tiempo ella ha presenciado todos sus tormentos; ha sido testigo de todos sus padecimientos; le ha visto verter su preciosa sangre que habia sido hollada ¡oh dolor! por las inmundas plantas de sus inhumanos verdugos. Llena de valor ha escuchado sus últimas palabras, y ha presenciado su agonía, sin poderle dar consuelo alguno. Murió Jesus, y una nueva série de dolores empieza para su Santísima y Afligidísima Madre. Oisteis en el discurso anterior el profundo dolor que le produjera la nueva injuria que al cadáver de su Hijo hiciera uno de los soldados, abriéndole su su costado con una lanza. Pues bien, ¿qué desea ahora la Señora? Tan solamente encontrar quien quiera bajar de la Cruz el cuerpo de Jesus. Ella por sí misma no podia hacerlo, y lo que anhelaba era lavar sus heridas y estrechar entre sus brazos aquel precioso tesoro, que ella sabia apreciar en su justo valor. ¿Por qué no vienen ahora los ángeles para desclavar el sagrado cadáver y entregarlo á su Madre? ¡Ah! Que la justicia del Eterno Padre se ha mostrado inexorable con el Hijo, y no se presenta menos rigurosa con la Madre. Pero al fin María va á tener este consuelo, que va á unirse con nuevos dolores.

José de Arimatea y Nicodemus, varones piadosos que ninguna parte habian tenido en el proceso de Jesus, llenos de compasion y con licencia de Pilatos se presentan en el Calvario para bajar de la Cruz el cuerpo de Jesus y darle honrosa y decente sepultura. María los recibe demostrando una gratitud anticipada. Ellos empiezan su obra, y colocan en manos de la afligida Madre la corona que habia ceñido las di-

vinas sienes de Jesus y los clavos que le habian apri-
sionado al santo madero. Ved, cristianos, el punto
de nuestras meditaciones en esta tarde. El dolor de
la Santísima Virgen al recibir en sus manos la coro-
na y los clavos de su divino Hijo. Esto dará materia
á la primera parte del discurso. Y ya que ayer habla-
mos de la necesidad de la Iglesia, llamaré hoy vues-
tras atenciones hácia su constitucion y gerarquía.
Esto lo haremos en la segunda parte. Dios nuestro
Señor se digne iluminar mi entendimiento por la
intercesion de la Santísima Virgen. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El aspecto del Gólgatha era imponente: el hom-
bre de mas valor, acostumbrado á las fatigas y
desastres del campo de batalla, hubiese temblado de
miedo como un niño al verse en aquellos momentos
en la cresta de la montaña santa. La fé únicamente es
la que animaba aquel pequeño grupo que se hallaba
al lado de la Cruz. María, la hermosa María se halla
inconsolable contemplando el yerto cadáver del Hijo
de sus entrañas: ni el mas veloz relámpago viene á
alumbrar siquiera momentáneamente aquel cuadro
lúgubre y aterrador. Tal es el principio de la amarga
soledad de María: le ha faltado la luz de sus ojos: el
norte que le guiara en el proceloso mar del mundo ha
dejado de existir. ¿La veía el Profeta de los lamentos
cuando á través de los siglos exclamara: *Plorans plora-
vit in nocte et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui con-
soletur eam ex omnibus charis ejus?* Sí, María llora hilo
á hilo: sus lágrimas surcan sus mejillas y no hay quien
la consuele entre todos sus amados. Bien puede esclá-

mar en tan tristes momentos y á la vista del cadáver
de su Hijo: El Señor me ha llenado de desolacion, todo
el dia estoy consumida de tristeza: *Posuit me desolatam,
tota die mærore confectam* (1).

El dolor de esta Virgen Soberana, no podia ya
tener aumento: su maternal corazon estaba dividido
de parte á parte por una penetrante espada de dos filos:
sus sienes estaban ceñidas con una corona de tribula-
cion: elevaba sus clamores al cielo, pero parece que
se habia cerrado para la que habia de ser su reina.
Miraba á todos lados, pero nadie acudia á prestarle el
consuelo que deseaba bajando de la Cruz el sagrado
cadáver, que anhelaba lavar por sus mismas manos é
imprimir en él los mas amorosos ósculos.

Por fin parece que el cielo se inclina á sus lamen-
tos: sus ruegos son escuchados. Dos piadosos varones,
José y Nicodemus pidieron licencia á Pilatos para bajar
de la Cruz el cuerpo de Jesus, y Pilatos se la conce-
dió. Deseosos de llevar á cabo la piadosa obra de dar
sepultura al cadáver de Jesus, se dirigen al Calvario.
María los vé subir á la montaña santa, los espera sus-
pensa y en silencio, y los piadosos varones recono-
ciéndola le piden su permiso para llevar á cabo el ob-
jeto que allí les conducia. María que no deseaba otra
cosa se lo otorga en el momento, y ellos apoyando las
escaleras en la misma Cruz del Salvador, subieron
siendo su primera operacion arrancar con el mayor
cuidado y reverencia de la sagrada cabeza de Jesus la
corona de espinas que tan cruel martirio le habia pro-
ducido y bajando de nuevo la entregaron en manos de
su Madre.

(1) Thr. cap. I, v. 13.

¿Quién será capaz de comprender ni menos de explicar el nuevo dolor que atraviesa el corazón de aquella Virgen sin mancilla al recibir en sus manos aquellas espinas que habían destrozado la cabeza de su divino Hijo que era el centro de la sabiduría eterna? ¡Ah! Que me parece oírle esclamar en la mayor angustia: ¿Por qué, oh espinas crueles, habeis destrozado la cabeza de mi Jesús amado? ¿Por qué no fuisteis colocadas en la de esta su amorosa Madre? Mi dolor no hubiera sido tan vehemente como el que he experimentado al veros en sus divinas sienes. ¡Cuánto debe el hombre al Hijo de mis entrañas!... ¡Qué hubiera sido de la humanidad si él no se hubiera entregado voluntariamente á los tormentos y á la muerte!...

En tanto los piadosos varones subieron de nuevo á lo alto de la Cruz, y con el mayor cuidado, empezaron á arrancar los clavos que á ella aprisionaban al Salvador. Como estaban remachados tenían necesariamente que dar sobre ellos grandes golpes que partían el corazón de su Madre, porque le recordaban los que habían dado sus verdugos para crucificarle. Era necesario, mis hermanos, ser María, estar dotados de sus sentimientos para poder comprender toda la amargura en que rebosaría su alma en aquellos momentos. ¡Qué alma tan grande y privilegiada!... Ella amaba á su Hijo, del modo que no es posible que ninguna otra madre pueda amar al suyo, porque conocía exactamente todas sus perfecciones. Sabía que era Hijo suyo, pero no ignoraba que era también al mismo tiempo Hijo de Dios: conocía toda su grandeza, su divinidad, su sabiduría y su poder: sabía que era inocente y le había visto tratado como malhechor: no ignoraba que era inmortal y le contemplaba cadáver:

fijaba su vista en aquella diadema de penetrantes espinas que había orlado sus sienes, y se estremecía al contemplar los estragos que el pecado había hecho en su sacratísima humanidad. Pero en medio de tanto dolor y amargura tan extraordinaria, bendecía al Eterno Padre porque se había apiadado de los míseros mortales. Identificada con los sentimientos del Hijo de sus entrañas, tenía presente la estirpe culpable y se gozaba al verla redimida.

En tanto, pues, que la Señora contemplaba aquellas espinas que tan cruel martirio habían producido á su divino Hijo, los piadosos varones continuaban su obra no sin derramar lágrimas al ver el cuerpo del Señor todo destrozado á causa del tormento de la flagelación. Desclavado ya el cuerpo del Divino Nazareno, entregaron á su Madre los clavos. ¡Oh! Nueva saeta que penetró su lacerado corazón. Vosotros, esclamaría transida de pena, vosotros, ¡oh clavos crueles! habeis atravesado las manos y los pies del Hijo de mis entrañas. Esas manos benditas que formarían los cielos y la tierra: esas manos siempre abiertas para dispensar beneficios á las criaturas: esas manos con cuyo contacto se curaron tantas y tan diversas enfermedades. ¡Ah! ¿Por qué no atravesásteis las mias y perdonásteis las del inocentísimo Jesús? ¿Por qué habeis horadado esos divinos pies que recorrieron los pueblos de la Judea, dejando impresadas en todas partes las huellas de sus bondades? Y al tiempo que con el mayor cuidado José y Nicodemos bajaban de la Cruz el sagrado cadáver, ella, juntas las manos ante el pecho prorumpiendo en sollozos y gemidos, se lamentaba de la crueldad con que el pueblo judío le había tratado: aquel mismo pueblo